

# Sobreviviente\*

JACQUES MARBLÉ\*\*

Asociación de Psicoanálisis Jacques Lacan, París, Francia



## Sobreviviente

Todo crimen es un crimen colectivo cuando al horror se suma la indiferencia. Si ninguna ayuda del otro es posible, entonces, se trata de sobrevivir. De ahí procede la variación en las diferentes formas de pensar al sobreviviente, la cuales se examinan a partir de un caso clínico y de varias obras paradigmáticas.

**Palabras clave:** espanto, horror, indiferencia, sobreviviente.

## Survivant

Tout crime est collectif dès lors que l'horreur s'ajoute à l'indifférence. Lorsqu'aucune aide de l'autre n'est possible, il est question de survivre. D'où la forte variabilité quand s'agit de réfléchir sur le survivant. Un cas clinique et plusieurs œuvres paradigmatiques permettront d'examiner les dites variabilités.

**Mots-clés:** effroi, horreur, indifférence, survivant.

## Survivor

Every crime becomes a collective crime when indifference is added to horror. When no help from others is possible, the question becomes one of survival, which, in turn, gives rise to the different ways of thinking the survivor. The article examines the latter on the basis of a clinical case and of various paradigmatic works.

**Keywords:** fear, horror, indifference, survivor.

**CÓMO CITAR:** Marblé, Jacques. "Sobreviviente". *Desde el Jardín de Freud* 14 (2014): 59-66, doi: djf.v14n14.46112.

\* Traducción del francés a cargo de Juliana González Holguín, miembro de la Asociación de Psicoanálisis Jacques Lacan (APJL), París, Francia.

\*\* e-mail: jmarble@wanadoo.fr

© Ilustraciones: Antonio Samudio



Esta muchacha que viene a verme desde hace años fue víctima de una agresión en el metro; aunque esta haya tenido una clara connotación sexual, ella no fue violada, ni siquiera manoseada, pero la vivió como si hubiera sido así. Evoca el horror de unos pocos minutos de insultos y amenazas, el espanto que experimentó al sentirse escogida por su agresor como presa. Pero lo más grave para ella no es eso; lo más grave, lo más imperdonable es la indiferencia de los demás pasajeros del vagón, así como la de los viajeros en la estación después de que su agresor la hubiera golpeado y arrojado al piso y, además, la indiferencia de los médicos que ni siquiera solicitaron una radiografía. Por supuesto, le tomará algunos años reconocer la realidad de su dolor (una grave lesión cervical que requiere intervención quirúrgica y con la que vivió durante casi 5 años). Todavía se reprocha el no haber reaccionado, el haber quedado fascinada con el agresor, el no haber gritado, pero la sensación de abandono que vivió persiste: sabe que definitivamente no puede contar con nadie. Es una sobreviviente.

En la ciudad de Lyon hay un museo de historia de la resistencia y de la deportación que recuerda que Francia, país reputado por su calidad de vida, sufrió no hace tanto tiempo un período violento. Este museo es un lugar de conmemoración, como lo es el cuerpo, pero también el psiquismo de esta joven paciente, que se inscribe en la repetición de ese momento en el que se vio muerta y abandonada. ¿Pero qué es lo que conmemora este museo, la muerte o la vida? ¿La muerte de padres, hermanos, hermanas, o sus vidas, su lucha, su regreso? Si este museo conmemora (*commémore*) —yo lo escribiría *commet-mort* (comete-muerte), del verbo cometer— si comete la muerte comete-vida ante todo; honra la vida. ¿Pero de qué vida se trata si no de una supervivencia? Un pensamiento me viene cuando visito este lugar que fue escenario de tantas atrocidades: todos somos sobrevivientes. Somos sobrevivientes gracias a la resistencia de algunos pero también somos sobrevivientes de la vida: pues parece que la vida fuera peligrosa hasta en nuestras sociedades occidentales hiper-protegidas. Basta con ver las noticias: vivimos en una sociedad cada vez más violenta, al menos es lo que se nos repite... La prueba: la figura del sobreviviente que se ha vuelto omnipresente. Con todo, hay sin embargo países donde se muere más a menudo que en Francia, y no necesito mencionar a Colombia... Recientemente asistí a una obra de teatro de

Guillermo Calderón, un joven autor chileno, intitulada *Villa*, en la cual el autor subraya el vínculo entre las violaciones, reales o simbólicas, de mujeres en la Villa Grimaldi, lugar de tortura y horror (pero también de memoria: es la apuesta de la obra teatral) y la indiferencia de las instituciones del país, que efectúan una censura informal, incluso después de la muerte de Pinochet. Pero dondequiera que haya nacido, el ser humano es siempre sobreviviente de algo, de un peligro potencial o de un accidente de la vida real, de un peligro que bien vale calificar de mortal cuando la vida ha sido amenazada. Pero la vida, cuán frágil, ¿no está siempre amenazada? En este sentido, el nacimiento, cuya medicalización en nuestras sociedades subraya su “peligrosidad”, constituye el primer peligro del que ha logrado escapar quien esté vivo. Salido de la nada, del deseo de sus padres, llega a este mundo: bien podría no haber llegado. El trauma del nacimiento se puede discutir; puede ocurrir que la vergüenza de haber nacido y de deber la vida, aparezca a menudo en el análisis como una roca ineludible, y a decir verdad, ontológica. En casos de agresión real, pero también de amenaza o de violencia permanente, ese sentimiento de vergüenza de existir siempre aparece y se incrementa con la culpabilidad de quien no puede defender su vida, que carga con la única falta que Lacan reconoce al sujeto: la de haber cedido en su deseo. ¿Y acaso el sujeto que se ve muerto no es culpable ya por el hecho mismo de abandonar la partida? La mujer que cede ante su agresor para salvar su vida ¿no será por eso mismo culpable? Esta pregunta resulta a menudo clave en los juicios por violación.

Surge entonces una segunda pregunta: vivo, ¿pero no será a costa de alguien más? Esta punzante pregunta es la de todos los que han sobrevivido: ¿por qué yo? ¿Por qué estoy aquí en vez de tal o cual otro? Recuerdo a un paciente que se vio obligado, realmente, a revolcarse en los cadáveres de sus compañeros para escapar de una emboscada. ¿Pero perpetuar la especie no es acaso de cierta forma tomar el lugar de un muerto (así se daban otrora los nombres) y además sobrevivirle (como sucede en un campo de concentración)? “Sobrevivo” también puede decirse “sobrevivo a”. ¿A quién si no es gracias a uno o más muertos cuyo lugar tomé? En la familia se sabe cómo esto de llegar después o en lugar de un muerto puede dejar huellas, pasando así de un sobrevivir absoluto —“sobrevivo”—, a un sobrevivir relativo al otro: “sobrevivo al otro”. ¡Si hay supervivientes es porque también hay quienes mueren! Este es el eje en torno al cual gira la problemática del sobreviviente, sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial y los campos de concentración en Europa: a pesar de ese “nunca más” al que dio lugar, el hombre sí que ha regresado (quien regresa, como un espanto, es un sobreviviente...) del final de la violencia. Hasta se podría decir, para usar la expresión del filósofo alemán Wolfgang Sofsky, que el hombre ha entrado en la era del espanto. Este filósofo, a la manera de Freud, adjudica la responsabilidad de la violencia a la sed

de inmortalidad del hombre: allí donde los héroes y los mártires alcanzan la inmortalidad por la muerte voluntaria, en la tierra las consecuencias son fatales. “El sobreviviente no quiere sólo estar siempre aquí; quiere además estarlo cuando los demás ya no estén”<sup>1</sup>. Sobrevivir significa dejar muertos tras de sí, lo que para Sofsky puede llegar hasta la intoxicación: “*El entusiasmo de la supervivencia es una fuerza de destrucción social. Aquel que vive aún cuando los otros han muerto experimenta más vida en él mismo. La muerte que amenaza a todo el mundo parece privilegiarlo*”<sup>2</sup>. Elias Canetti lo dice con sorprendente concisión:

El terror de haber visto la muerte se resuelve en la satisfacción de no ser uno mismo el muerto. Aquí yace aquel, pero el sobreviviente sigue en pie. Es como si hubiera habido combate y que fuera uno mismo quien venció al muerto. Sobreviviente, cada cual es el enemigo del otro. La forma más baja de supervivencia es matar.<sup>3</sup>

Tal vez sea este el origen de la indiferencia...

Sobrevivo —es decir vivo, del latín *vivere*—, luego revivo (*re-vivere*), una segunda vida empieza, qué felicidad, pero siempre el retorno es menos color de rosa, y en vez de re-vivir y de alegrarme como debería, como todo mi entorno me anima a hacerlo sabiendo que estuve a punto de morir, temo lo que vendrá: sobrevivo, lo cual es definitivamente más peyorativo. Como mi vida es ahora sobre-vida, se vuelve precaria, incierta. Sobre-vivo, vivo-sobre, es decir por encima. ¿Por encima de qué? ¿De mis posibilidades? ¿Es una vida más o una vida de más? El sobre de supervivencia evoca en efecto algo en demasía: una vida de más allí donde no habría debido estar, allí donde habría podido no estar. “Yo habría debido estar muerto” o “yo habría podido estar muerto”, es eso lo que designa el concepto de supervivencia: es la vida después de la muerte, después de haber rozado la muerte entonces, ya que por definición el sujeto que puede hablar al respecto, el que vive para hablar de esta experiencia, está de regreso... No se encontró con la muerte; la evitó puesto que sobrevive. Se trata de un “*encuentro fallido*”<sup>4</sup>, precisa Lacan muy lógicamente en el *Seminario 11*, pero es también un encuentro logrado: deja una marca entre un antes y un después. Es la marca real en el cuerpo de mi joven paciente, la marca de un real en su psiquismo.

Sobrevivo, en efecto, tanto a un pasado más o menos reciente, más o menos mortal, como también al presente, más o menos confortable, un presente que cuesta calificar como vida verdadera, enteramente plena. ¿Qué es acaso la supervivencia si no una vida a medias? ¿Vale la pena ser vivida? ¿Será la supervivencia una vida de menor calidad? Tal parece. Y sobrevivo en últimas respecto a un futuro igualmente amenazante, un futuro que por su aspecto incierto solo puede ser breve, aleatorio, o por lo menos en suspenso: ¡eso fue lo que aprendí al rozar la muerte! Nótese cómo

1. Wolfgang Sofsky, *L'ère de l'épouvante* (París: Gallimard, 2002), 17.

2. *Ibíd.*, 18. La cursiva es mía.

3. Elias Canetti, *Masse et puissance* (París: Gallimard, 1966), 41.

4. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)* (Buenos Aires: Paidós, 1995), 63.

se evalúa la esperanza de vida de un enfermo de cáncer: se lo hace en función de criterios médicos muy precisos, reajustados periódicamente. El paciente sometido a tales controles vive a plazos...

La noción de supervivencia relativiza entonces la vida misma, incluso la transforma, al punto que a veces sería más oportuno calificarla de “sub-vida”: pasamos del sobreviviente al sub-viviente... Esther Mujawayo, sobreviviente del genocidio en Ruanda y cuyo libro lleva precisamente el título de *Sobrevivientes*, experimenta la necesidad de adjetivar agregando *viviente* a *sobreviviente*: una sobreviviente viviente, con el deseo de suprimir más adelante el “sobre” de sobrevivir para ya no ser sino lo que ella misma llama una “*viviente viviente*”<sup>5</sup>. El término sobreviviente está tan cargado de muerte que a veces exige recurrir a la inventiva para lograr traer del lado de la vida al sujeto que lleva su marca: ese es el reto terapéutico. La joven de quien he venido hablando y que a veces veía su propio cadáver en el diván me obligó a estar yo mismo más vivo, y a ser más creativo para convencerla de que había un humano allí, a quien su sufrimiento no le era indiferente.

Otro sentido de la palabra sobrevivir: ¿lo que sobrevive es lo que subsiste, lo que persiste, lo que se repite, lo que persiste y signa? El sobreviviente está marcado por el signo de la repetición: es un hecho clínico indiscutible, repite su muerte. Pero si lo que sobrevive es lo que se repite, resulta ser también lo que puede transmitirse. A nivel celular, lo que se transmite es lo que resiste al proceso de destrucción programada de las células. Para el sobreviviente lo que se repite son sus pesadillas, pero a escala de la humanidad lo que se repite es el genocidio, la guerra, la masacre, con la cuota de sobrevivientes de cada ocasión... Para retomar el título del libro de Robert Antelme, esto es además lo que caracteriza a la especie humana. El autor vincula directamente la amenaza de muerte, de destrucción, con la especie misma:

El interrogante sobre la calidad de hombre provoca una reivindicación casi biológica de pertenencia a la especie humana. Sirve además para meditar sobre los límites de esta especie, sobre su distancia para con la naturaleza y sobre su relación con ella, sobre cierta soledad de la especie entonces, y, para terminar, sirve sobre todo para concebir una visión clara de su unidad indivisible.<sup>6</sup>

La vida y la muerte, así como el bien y el mal, vendrían siendo lo propio del hombre, inseparables para siempre... Pero es bien sabido que lo que caracteriza al hombre es la posibilidad de anticipar su muerte, de decirse mortal. Y, al mismo tiempo, la imposibilidad de creer en su propia muerte. En este nivel, según Freud, la civilización no puede hacer nada al respecto, y hasta dice que puede constituirse en un retroceso en el sentido en que la muerte está excluida de allí, salvo en tiempos



5. Esther Mujawayo y Souad Belhaddad, *SurVivantes. Rwanda Histoire d'un génocide* (París: L'aube 2005), 293.

6. Robert Antelme, *L'espèce humaine* (Paris: Gallimard, 1978), 11.

de guerra. Por eso, su consejo, en la conclusión su “De guerra y muerte temas de actualidad”, es el de no olvidar la muerte, y transforma el viejo adagio “*Si vis pacem para bellum*” en “*Si vis vitam para mortem*”: “si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte”<sup>7</sup>... ¿No es esta una forma de elogio al sobreviviente? Este tiene una lección que transmitimos: un saber sobre la muerte, y si se ve obligado a repetirla tal vez sea porque no lo oímos. No obstante, Esther Mujawayo señala, como primer obstáculo a la palabra del sobreviviente, el miedo a que no le crean:

Cuando un sobreviviente narra el genocidio, se da cuenta de que cuesta creerle; es demasiado, como si uno estuviera exagerando. La gente que tiene enfrente suele querer convencerse de que no era tan horrible. Horrible sí lo era; a tal punto que uno, sobreviviente, se pregunta si eso realmente pasó. ¿Alguien pudo en verdad hacer eso? Sin embargo, yo sé que eso pasó, pero es como si no quisiera creerlo, es demasiado inimaginable. Es que al mismo sobreviviente le cuesta creerlo... Creerse.<sup>8</sup>

Creerse vivo, por supuesto... ¡Nos corresponde creerlo por él!

Último punto: estoy vivo, tengo que admitirlo, ¿pero a qué sobrevivo? A la muerte, la he rozado, es cierto, ¿pero cuál era mi vida antes? Los eventos traumáticos suelen ocultar, por no decir que siempre ocultan, lo que yo era antes... Como se lo ve en la etnopsiquiatría, después de la inmigración, o en el caso de mi paciente que tardó mucho tiempo en evocar sus antecedentes traumáticos. Hay un punto de fascinación tanto para el enfermo como para quien lo trata... Un recuerdo pantalla igual al que se encuentra también en pacientes con dolores crónicos: qué esconde el dolor si no es una vida anterior no necesariamente tan brillante. Pero, en efecto, habría que —y lo cierto es que no es fácil— poder ir más allá de la fascinación e interesarse en esta clínica de la supervivencia que hace de un enfermo que ha sobrevivido al cáncer, o a la espera interminable de un trasplante, un sobreviviente a la manera del soldado o del deportado. Pero también habría que poder entender la otra vertiente de esta clínica del duelo que hace de un viviente un sobreviviente y de este último un doliente de su vida anterior, alguien que ha dejado su vida allí, en sentido estricto, puesto que ha dejado su vida anterior. Aquí se trata de un sobrevivir en el sentido reflexivo del verbo: me sobrevivo.

Como quiera que sea, se trata de reinscribir al sobreviviente en el mundo de los vivos, y más allá de la conmemoración, a través la palabra. Son numerosos los testimonios de sobrevivientes que muestran esta dificultad. Primo Levi tenía siempre el mismo sueño: hablaba y la gente no lo escuchaba, y al cabo de un momento la gente se iba. Entonces, hastiado de guerra, terminaba por callarse. Robert Antelme habló sin

7. Sigmund Freud, “De guerra y muerte temas de actualidad” (1915), en *Obras completas*, vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 301.

8. Antelme, *L'espèce humaine*, 88.

parar en el trayecto de regreso en el carro de Miterrand, quien había ido a buscarlo entre los muertos en Dachau, por miedo de morir sin haber contado:

Hay quienes intentan contar cosas, el soldado primero escucha, después los tipos no paran, cuentan y cuentan, y pronto el soldado deja de escuchar. Algunos mueven la cabeza y apenas sonríen mirando al soldado, de manera que el soldado podría pensar que lo desprecian un poco. Es que la ignorancia del soldado aparece, inmensa. Y al detenido por primera vez se le revela su propia experiencia, como separada de él, en bloque. Frente al soldado, siente ya surgir en él, con esa reserva, la sensación de que de ahí en adelante será presa de una especie de conocimiento infinito, intransmisible.<sup>9</sup>

¿Un conocimiento inútil?: este es el título del libro de Charlotte Delbo, gran miembro de la Resistencia, que a su regreso de Auschwitz concluye, como todos los sobrevivientes, que no hay que hablar con la muerte sino hablar con los vivos. Así termina su libro: “Era hermosa la tierra al reencontrarla; hermosa y deshabitada”<sup>10</sup>. Entonces, ¿de qué manera hablar y con quién?, ¿en prosa o en verso?, ¿callar o dar alaridos? ¡Tal es el problema del sobreviviente! Nos corresponde abrocharnos para ayudarlo a ajustar el volumen sonoro y poner a prueba nuestra inventiva: tratar al vivo pero también al sobreviviente. Esto significa aceptar la transmisión de un saber sobre la muerte, a condición de ir más allá de la fascinación por el tratante y más acá de la fascinación por el paciente; hay un antes, una vida anterior a la que sobreviví, y que a pesar de todo me ha hecho hombre, o mujer, lo cual puede dividirse entre horror e indiferencia.

A nivel colectivo las cosas son más complicadas, como lo muestran los intentos de reconciliación (Sudáfrica, Ruanda, etc.), porque, como lo subraya Sofsky, “*la mano tendida que el culpable ofrece al sobreviviente es una ofensa*”<sup>11</sup>. Y concluye su libro así: “Una comunidad del recuerdo no puede obtenerse con trucos de manos, menos aún una comunidad del olvido; este tipo de comunidad no existe”<sup>12</sup>, pero esa es otra historia, pues se pregunta, “¿de todas formas, se puede reaccionar ante un crimen colectivo con los sentimientos morales de los que son capaces los individuos en ese momento?”<sup>13</sup> ¿Pero acaso no todo crimen, incluyendo aquel del que fue víctima mi joven paciente, es un crimen colectivo toda vez que al horror se le suma la indiferencia?

9. *Ibíd.*, 300.

10. Charlotte Delbo, *Une connaissance inutile* (Paris: Minuit, 1970), 141.

11. Sofsky, *L'ère de l'épouvante*, 230.

12. *Ibíd.*, 237.

13. *Ibíd.*

## BIBLIOGRAFÍA

- ANTELME, ROBERT. *L'espèce humaine*. París: Gallimard, 1978.
- CANETTI, ELIAS. *Masse et puissance*. París: Gallimard, 1966.
- DELBO, CHARLOTTE. *Une connaissance inutile*. París: Minuit, 1970.
- FREUD, SIGMUND. "De guerra y muerte temas de actualidad" (1915). En *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*. Buenos Aires: Paidós, 1995.
- MUJAWAYO, ESTHER Y BELHADDAD, SOUAD. *Survivantes. Rwanda Histoire d'un génocide*. París: Ed. L'aube, 2005.
- SOFSKY, WOLFGANG. *L'ère de l'épouvante*. París: Gallimard, 2002.

